

JUAN IGNACIO **PIOVANI** LETICIA **MUÑIZ TERRA**  
coordinadores

# ¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?

APUNTES PARA REPENSAR  
EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN  
SOCIAL

Prefacio de **Michael Burawoy**

 **CLACSO**  
**Editorial Biblos**





# **¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?**

**APUNTES PARA REPENSAR  
EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN  
SOCIAL**



JUAN IGNACIO **PIOVANI** LETICIA **MUÑIZ TERRA**  
coordinadores

# ¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?

APUNTES PARA REPENSAR  
EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN  
SOCIAL

Prefacio de **Michael Burawoy**



**CLACSO**

**Editorial Biblos**

2018

### **CLACSO - Secretaría Ejecutiva**

**Pablo Gentili** - Secretario Ejecutivo

**Nicolás Arata** - Director de Formación y Producción Editorial

### **Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual:**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

### **Núcleo de diseño y producción web:**

**Marcelo Giardino** - Coordinador de Arte

**Sebastián Higa** - Coordinador de Programación Informática

**Jimena Zazas** - Asistente de Arte

**Rosario Conde** - Asistente de Programación Informática

**Federico Banzato** - Diseño

**Luciano Tirabassi** - Diseño de tapa

**Lea Hafter** - Corrección de textos

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



**Biblioteca Virtual de CLACSO** [www.biblioteca.clacso.edu.ar](http://www.biblioteca.clacso.edu.ar)

**Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales** [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.**

### **Primera edición**

¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social (Buenos Aires: Biblos; Buenos Aires: CLACSO, abril de 2018)

ISBN 978-987-691-642-4

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

### **CLACSO**

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social / Nicolás Aliano ... [et al.] ; compilado por Juan Ignacio Piovani ; Leticia Muñiz Terra. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Buenos Aires : Biblos, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-323-1

1. Investigación. 2. Investigación Social. 3. Reflexiones. I. Aliano, Nicolás II. Piovani, Juan Ignacio, comp. III. Muñiz Terra, Leticia, comp.

CDD 301



Universidad Nacional de La Plata  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

*Decano*

Dr. Aníbal Viguera

*Vicedecano*

Dr. Mauricio Chama

*Secretaria de Asuntos Académicos*

Prof. Ana Julia Ramírez

*Secretario de Posgrado*

Dr. Fabio Espósito

*Secretaria de Investigación*

Prof. Laura Lenci

*Secretario de Extensión Universitaria*

Mg. Jerónimo Pinedo

Instituto de Investigaciones en Humanidades  
y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

*Directora*

Dra. Gloria Chicote

*Vicedirector*

Dr. Antonio Camou

Centro Interdisciplinario de Metodología  
de las Ciencias Sociales (CIMECS)

*Directora*

Amalia Eguía

# Índice

## [Prefacio: ciencia y reflexividad](#)

*Michael Burawoy* ..... 12

## [Introducción](#)

*Juan Ignacio Piovani y Leticia Muñiz Terra* ..... 16

## [Primera parte. La reflexividad en las ciencias sociales: miradas desde la sociología y la antropología social](#)

### [Notas sobre la noción de reflexividad en sociología y en la obra de Bourdieu](#)

*Denis Baranger* ..... 22

### [“Volando rasantes”... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador](#)

*Rosana Guber* ..... 52

## [Segunda parte. Discusiones sobre la reflexividad en la perspectiva biográfica, etnográfica y en los métodos mixtos](#)

### [Reflexividad en el proceso de investigación social: entre el diseño y la práctica](#)

*Juan Ignacio Piovani* ..... 74

### [Consideraciones sobre la reflexividad en el proceso de construcción de objetos de investigación biográficos](#)

*Magdalena Lemus, Bárbara Guevara y Maria Eugenia Ambort* ..... 93

<a href="#"><u>Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica como interludio del proceso de investigación social</u></a>	
<i>Leticia Muñiz Terra, Juliana Frassa y María de la Paz Bidauri</i> .....	120
<a href="#"><u>Del análisis a la escritura de textos biográficos: el lugar de la reflexividad en las interpretaciones y puestas en montaje de las biografías</u></a>	
<i>Leticia Muñiz Terra y Eugenia Roberti</i> .....	147
<a href="#"><u>Nuevas fuentes de la imaginación sociológica: la operación reflexiva y la construcción del objeto etnográfico</u></a>	
<i>Paula Cuestas, Rodolfo Iuliano y Martín Urtasun</i> .....	169
<a href="#"><u>Reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico</u></a>	
<i>Nicolás Aliano, Soledad Balerdi, Julia Hang y Nicolás Herrera</i> .....	198
<a href="#"><u>¿Un pase de magia? Ejercicios de reflexividad a través de dos procesos de análisis etnográficos</u></a>	
<i>Ornela Boix y Nicolás Welschinger</i> .....	223
<a href="#"><u>Métodos mixtos y reflexividad: explorando posibles articulaciones</u></a>	
<i>Javier Santos, Pilar Pi Puig y María Eugenia Rausky</i> .....	254
<a href="#"><u>Acerca de las/os autoras/es</u></a> .....	284

# “Volando rasantes”... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador

*Rosana Guber*

El concepto de “reflexividad” se ha instalado en las Ciencias Sociales y las Humanidades de la mano de otro término, la “etnografía”, y de los métodos cualitativos. En este capítulo<sup>1</sup> quisiera llamar la atención acerca de algunas articulaciones conceptuales al interior de la etnografía y en su relación con la reflexividad, que por no tenerse en cuenta acaban reproduciendo aquellos patrones de conocimiento social que dichas nociones pretenden replantear, como el objetivismo, la distancia social y el etnocentrismo. Sugiero que la enorme popularidad que adquirieron la etnografía y la reflexividad en los últimos veinte años en la Argentina se concentró en cierta perspectiva sobre la metodología como si esta se limitara a autorizar la inclusión de la persona del investigador en la “aplicación” de ciertas técnicas –entrevista en profundidad y observación participante–, inclusión tan eludida por las formulaciones positivistas del conocimiento social. Ciertamente, el género, la “raza”, la etnicidad y otros aspectos de la persona del investigador inciden,

---

<sup>1</sup> El mismo material empírico fue base de otras interpretaciones (UNSAM, 2013; Inter-University Seminar on Armed Forces and Society, Chicago, 2013; en el volumen editado por Helena Carreiras, Celso Castro y Sabina Frederic, *Researching the Military*-Routledge, 2016; Guber 2016). Agradezco a Antonio ‘Tony’ Zelaya por invitarme a hacer la investigación que dio origen a este texto, al Comodoro Ernesto Haggi por compartir su original investigación en pleno escenario bélico, y al CONICET por su financiación (PIP 0026).

afectan y modelan el trabajo de campo y, por lo tanto, la investigación. Pero esto no es todo ni es suficiente para comprender cabalmente la complejidad intersubjetiva del conocimiento social hasta sus últimas consecuencias. Además de la persona del investigador, la reflexividad contempla el campo, la perspectiva teórica y la elaboración del texto donde se expresarán los conocimientos producidos en dicha investigación. A hacer etnografía se aprende leyendo teoría, otras etnografías y haciendo trabajo de campo, de manera que la reflexividad abarca también los modos en que emprendemos el campo y en que acometemos la redacción y la lectura del texto final nuestro y de los demás. Me interesa aquí analizar cómo la reflexividad no solo debe ser analizada para comprender la producción subjetivada (del investigador) de los “datos de campo”, sino que debe ser incorporada para articular y comprender las distintas fases de la investigación etnográfica como un proceso totalizador que alcanza, incluso, a las convicciones y las prácticas académicas más enraizadas. En este movimiento postulo que el campo afecta nuestras nociones y prácticas del llamado “método etnográfico”, tanto como nuestras capacidades de elaborar y leer las conceptualizaciones en el texto resultante.

### No solo conceptos

Esta postulación parte de reconocer articuladamente el triple sentido de un término. Los antropólogos entendemos por “etnografía” un cierto enfoque disciplinar, una perspectiva metodológica y un género textual. Como enfoque, la etnografía analiza procesos o fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros, con relativa autonomía del marco teórico del investigador. Como texto, la etnografía es una presentación escrita (hoy también visual) en la que el antropólogo trata de representar, describir o traducir una cultura o cierto aspecto de una cultura a lectores que, en principio, no están familiarizados con ella (Van Maanen, 1995, p. 14). Como método, la etnografía abarca muy distintas actividades y procedimientos conocidos como cuestionarios, encuestas, entrevistas en profundidad, historias de vida y todo aquello que uno hace en el campo y que los antropólogos ubicamos bajo el rótulo de “observación participante”. Estas actividades tienen lugar mientras los investigadores vivimos junto a o cerca de nuestros “nativos” por un período relativamente extendido en el tiempo. La información obtenida se convierte en datos que constituyen la evidencia de una tesis que se presenta y desarrolla

a lo largo de un texto etnográfico. En suma, la etnografía es una descripción del comportamiento social en una cultura particular, que resulta del trabajo de campo extendido y generalmente presencial (Van Maanen, 1988).

Ahora bien, además del nombre, ¿qué tienen en común estas tres acepciones? Podría decirse que comparten una forma particular de producir conocimiento social a través de la experiencia directa con los sujetos sociales que desea conocer (Hastrup & Hervik, 1994).

Efectivamente, las descripciones etnográficas que los antropólogos exponemos en nuestras construcciones argumentales llamadas etnografías requieren encuentros cara a cara con sujetos sociales a los que designamos, en nuestra jerga, como “los Otros”. Esas descripciones están orientadas por problemas de orden teórico que giran en torno a la comprensión de las prácticas y conceptos con que ellos viven y piensan.<sup>2</sup> En su famoso texto “Desde el punto de vista del nativo: sobre la naturaleza de la comprensión antropológica” (1983), el antropólogo estadounidense Clifford Geertz advertía junto a Heinz Kohut la distinción entre “conceptos de experiencia cercana” y de “experiencia distante”.<sup>3</sup>

Un concepto de experiencia cercana es, básicamente, el que alguien –un paciente, un sujeto, en nuestro caso un informante– podría él mismo y sin esfuerzo usar para definir lo que él o sus compañeros ven, sienten, piensan, imaginan y así siguiendo, y que él podría entender cuando se aplique de modo similar a los demás. Un concepto de experiencia distante es aquel que los especialistas de un tipo u otro –un analista, un experimentador, un etnógrafo, incluso un cura o un ideólogo– usan para avanzar hacia sus objetivos científicos, filosóficos o prácticos (1983, p. 57; mi traducción).

“Usados espontáneamente, de un modo poco consciente de sí mismo, como coloquialmente” (1983, p. 58), los conceptos de experiencia cercana nos dan claves fundamentales para comprender, elaborar y hasta discutir no-

---

<sup>2</sup> Para una crítica al uso segregado que suele hacerse de la etnografía como método para replicar la perspectiva nativa, ver Balbi (2012).

<sup>3</sup> Esta distinción remite a otras distinciones similares como *emic-etic*, interno-externo, subjetivo-objetivo, entre otras.

ciones teóricas abstractas. ¿Para qué? Como dice la antropóloga brasileña, Marisa Peirano, para construir una teoría más genuinamente universal con conceptos cada vez menos etnocéntricos (1992).

Los conceptos de experiencia cercana a los que accedemos leyendo etnografías, usando teoría social y, sobre todo, “estando allí”, es decir, teniendo experiencia directa (cercana) con los sujetos de estudio, están entretejidos con la reflexividad del investigador, es decir, con sus construcciones culturales y con su persona social desde las cuales se aventura a conocer. Pero, así dicha, esta formulación es demasiado general, porque no nos permite entender cómo el investigador, con su lucidez teórica pero también con sus cegueras y sorderas etno y socio-céntricas puede ser capaz de reconocer y de acceder a esos conceptos de experiencia cercana que no contemplaba ni preveía encontrar, para luego integrarlos adecuadamente en su comunicación textual.

En este capítulo me gustaría empujar la distinción de Kohut/Geertz hacia las otras dos acepciones de etnografía, como método y como texto. Hacer etnografía es más que el aprendizaje conceptual que media entre el conocimiento académico teórico y el conocimiento de otras culturas. Requiere aprender a hacer cierto tipo de investigación y a escribir cierto tipo de texto que se caracteriza, entre otras cosas, por carecer de un molde preestablecido.

Numerosos libros sobre métodos cualitativos y etnográficos presentan las aproximaciones de los científicos sociales al campo como instrumentos o herramientas neutrales y replicables por otros investigadores para recolectar datos de sus informantes. El mensaje es que toda técnica –entrevista en profundidad, observación participante, etc.– “correctamente aplicada” es útil independientemente del tema de investigación o de la persona del investigador, siempre y cuando cumpla con los principios de confiabilidad y validez.<sup>4</sup> Las críticas al positivismo vinieron de los individualistas metodológicos (etno-metodólogos, interaccionistas simbólicos, analistas conversacionales), de los antropólogos trabajando “en casa” (Jackson, 1987) y concentrándose en el impacto del género, la raza, las emociones, la etnicidad y el compromiso político en sus relaciones de campo (Altorki & El Solh, 1988; Kulick & Willson, 1995, Lutz & Abu-Lughod, 1990; Nordstrom & Robben, 1995) y de las autoras feministas (Behar & Gordon, 1995). De esta

---

<sup>4</sup> Para una crítica a esta perspectiva ver Briggs (1986).

crítica surge, por ejemplo, que la observación participante puede facilitar o no las aproximaciones según el investigador encaje en una categoría social bienvenida o temida por la comunidad. Hace ya mucho tiempo, el antropólogo norteamericano Gerald Berreman (1962) señalaba esta cuestión a raíz de su trabajo de campo en el Himalaya, al que analizó desde la perspectiva de Erving Goffman. Las autobiografías de campo son muy ilustrativas al respecto, porque presentan en carne y hueso los avatares humanos de los malos entendidos y las hiperidentificaciones que subyacen a toda relación humana. Esas autobiografías muestran que estos avatares no resultan de una aplicación errada de las recetas metodológicas que aprendemos en los manuales, sino de las dinámicas de la vida cotidiana en el campo y de las nociones y prácticas locales que constituyen las relaciones sociales en esa comunidad. Y resultan también de los hábitos y nociones que los investigadores aprendemos en nuestra sociedad y en nuestro sector social. Por eso, para producir conocimiento social, los etnógrafos debemos “aprender a aprender” a conocer y actuar, o al menos entender las formas en que los nativos conocen y actúan, como diferentes de los modos nativos y académicos del propio investigador. A esta comprensión no se accede desde una perspectiva general, esto es, desde las leyes universales de la Ciencia, sino analizando cómo las posiciones socialmente específicas se van encarnando en el investigador y en sus sujetos sociales y esto a lo largo del proceso de investigación, es decir, desde el campo hasta la escritura. El etnógrafo produce un conocimiento cualitativamente diferente cuando relaciona sus nociones teóricas con las nociones teóricas y prácticas de los muchos Otros con los que convive en el campo, y cuando estas nociones Otras lo instruyen no solo en la cuestión teórico-académica sino también en sus propias formas de aprender, comunicar y leer los formatos académicos.

La mayoría de los textos sobre “reflexividad” analizan cómo la persona del investigador modela la escena etnográfica y los datos empíricos. Sin embargo, el camino inverso, es decir, cómo impactan las situaciones etnográficas en sus propias nociones de la práctica y la conceptualización etnográficas, recibe menos atención (ver Favret-Saada, 1990; Robben, 2007; Guber, 2014). ¿Acaso la observación participante es la misma cuando se aplica a distintos grupos humanos? Y si es diferente, ¿sigue siendo “observación participante”? ¿Qué tipo de persona admite conducirnos al fondo de sus ideas y de su vida?



Y si se niega a hacerlo, ¿por qué insistimos en hacerle una “entrevista en profundidad”? Es que las técnicas no solo sirven para “recolectar datos”. Esta expresión, recolección de datos, ha sido muy criticada por suponer que los investigadores accedemos desde “ninguna parte” a la gente que investigamos y por suponer que esta reaccionaría por el bien de la Ciencia, “proveyéndonos información” independientemente de quiénes seamos nosotros para ella y de la situación de nuestra interacción. La ponderación tecnocrática implícita en el rimbombante título “Métodos de Recolección de Datos” desconoce que discursos y prácticas resultan de la coproducción, armoniosa o no, de contextos de interacción (Berreman, 1962; Briggs, 1986; Robben, 2007; Guber, 2001 y 2004).

Aunque somos seres académicos y “tecno-dependientes”, los etnógrafos aprendemos muy rápidamente que para saber sobre nuestros temas de investigación no solo debemos registrar lo que los sujetos hacen y dicen sino también, quizás fundamentalmente, analizar las formas diferentes que ellos y nosotros tenemos de conocer y dar a conocer nuestro conocimiento. Este aprendizaje lleva un proceso que impacta en cómo concebimos, aprendemos y enseñamos las nociones académicas sobre lo que hacemos para conocer y, particularmente, sobre aquello que llamamos “metodología”. Según mi experiencia, ninguno de los llamados “métodos etnográficos” permanece idéntico a través de las situaciones y los grupos humanos concretos. Para convertirse en formas significativas de interacción para nuestros interlocutores, la observación participante y las entrevistas necesitan comprenderse a la luz de esos contextos particulares. Las técnicas, igual que las nociones teóricas, se desarrollan desde reflexividades contrastantes, las de los “nativos” y la del investigador. Los encuentros producen datos sensibles al contexto de donde provienen, contribuyendo con conceptos de experiencia cercana que los investigadores articularemos con conceptos de experiencia distante. Y el modo de advertirlos es reconociendo la existencia de “métodos de experiencia cercana”. El punto de este capítulo es que reconocer estos métodos, como el que presentaré aquí, permite iluminar por así decirlo, las “técnicas de experiencia distante” como las que aprendemos en los cursos, esas que se formulan de manera impersonal y en términos abstractos (LA encuesta, LA entrevista, LA observación participante) haciendo del trabajo de campo una instancia menos logocéntrica y “más genuinamente universal”, y por lo tanto más y

mejor integrada al argumento etnográfico. En este capítulo mostraré que la etnografía entendida como método y como comprensión del texto etnográfico se convirtió, en mi trabajo y en algunos de mis cursos, en “un tipo de vuelo”.

## Una invitación a la experiencia

Soy una mujer antropóloga y argentina: aparentemente soy una nativa nacional de mi investigación. Sin embargo, en mi investigación concreta sobre los pilotos de combate de la Fuerza Aérea (en adelante FAA) que combatieron en la Guerra de Malvinas en 1982, también era una extraña, una “civil” sin parientes en las Fuerzas Armadas ni participantes en el teatro bélico. Excepto en los servicios médicos, las mujeres argentinas no tomaron parte de las acciones militares en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur; tampoco las hubo como pilotos. Menos aún como “pilotos de caza” o “cazadores”, como se los designa según su especialidad.<sup>5</sup> En términos argentinos y probablemente, al menos, en el Cono Sur, los militares debieran constituir mi Otro radical, como para la gran mayoría del mundo académico y muy especialmente en las ciencias sociales y en las humanidades. Quizás por eso, y por las herencias sangrantes de su paso por el poder estatal, se ha dedicado tan poca atención a la etnografía y a los estudios micro-sociológicos de los militares en América Latina. Mis investigaciones sobre Malvinas estaban cerca y lejos de los militares, pero esa cercanía o esa distancia no siempre era lo que parecía y, sobre todo, no estaba conceptualizada en función de mis trabajos. Fue esta paradoja de ser una académica argentina habituada a mirar lo castrense de reojo y sin embargo interesada en entender qué hicimos los argentinos con nuestra única guerra internacional en el siglo XX, la que estuvo en el corazón de un desafío que decidí aceptar.

En 2008 Antonio ‘Tony’ Zelaya me mandó un email ponderando mi artículo “Bautismo de fuego, Gracia de Dios” (2007) que publicó la revista colombiana de antropología *Tabula Rasa*. En ese texto yo analizaba un proceso bastante complejo por el cual la FAA daba sentido a Malvinas, la guerra que había terminado en una capitulación nacional y, a la vez, la que marcó el comienzo del fin del último gobierno de facto en la Argentina, el auto-

---

<sup>5</sup> En la Argentina el “cazador” es una categoría dentro de otra más general, el “piloto de combate” aunque, como en otros países, los “cazadores” se consideran un tipo distinto de guerrero del aire signado por el coraje contra todo tipo de riesgo y el acendrado individualismo.

denominado *Proceso de Reorganización Nacional*. La FAA le daba significado a la Guerra de Malvinas en base al valor de sus pilotos contra la todopoderosa flota de la OTAN, las pinturas del pintor aeronáutico Exequiel Martínez (Martínez, 2012; Guber, 2013) y la imagen metafórica del halcón transmitida por numerosas imágenes y, sobre todo, por la publicación de volúmenes con testimonios de sus oficiales, suboficiales y soldados en la pluma del entonces Capitán Pablo M. Carballo (1983 y las sucesivas reediciones). Ahora, en 2008, Tony me pedía que recuperara su experiencia de cazador y halcón, como exclusivamente suya, es decir, del Grupo 5 de Caza<sup>6</sup> de la V Brigada Aérea de Villa Reynolds, en la provincia cuyana de San Luis. Su nominación de “halcones” deriva de los aviones que volaron en 1982, los A-4B “Skyhawks”, comprados por el gobierno argentino a mediados de los 1960 a la McDonnell Douglas Corporation. En su correo electrónico, entonces, Tony me proponía recuperar la dimensión humana de su experiencia bélica, aun cuando esa experiencia se basara en la destrucción de otros humanos por medio de una aeronave, el cazabombardero liviano más antiguo de la aviación de caza argentina en esa guerra (DEHFAA, 2005; Peacock, 1986).

Las Islas Malvinas vienen siendo reclamadas por la Argentina desde que una corbeta británica con el sugerente nombre de la musa griega de la Historia, Clío, tomó el pequeño poblado isleño Puerto Luis, en 1833, y expulsó a la administración rioplatense. A fines de 1981 y después de 148 años de infructuosos intentos de negociar la devolución del archipiélago por Gran Bretaña, la Junta militar decidió retomarlas por la fuerza y convocar a una administración argentino-británica supervisada por las Naciones Unidas. El conflicto escaló gracias a las agendas políticas de dos gobiernos extremadamente impopulares en sus respectivos frentes internos: la tercera Junta del PRN encabezada por el Ten. Gral. L. F. Galtieri y el gobierno neoconservador de la Primer Ministro Británica M. Thatcher.

Londres movilizó más de cien buques de todo tipo, incluyendo fragatas y destructores. Tras una campaña de 45 días, el General británico Jeremy Moore tomó la capital isleña que desde 1845 fue Port Stanley, rebautizado como

---

<sup>6</sup> Grupo 5 de Caza se refiere al Grupo Aéreo de una unidad o Brigada Aérea, donde se vuela un cierto tipo de avión. Otro es el Grupo Técnico, que se ocupa del mantenimiento y reparación de la flota de aviones, y otro el Grupo Base, que se ocupa de todo lo relativo a lo edilicio, el abastecimiento y el personal de la unidad.

Puerto Argentino tres semanas después del 2 de abril. Desde la apertura de las hostilidades, el 1° de mayo, la Fuerza Aérea, el socio menor (en antigüedad y poder) del triángulo castrense (con la Armada y el Ejército), participó en todo el conflicto. Su intervención incluía al Grupo 5 de Caza, que por entonces volaba los A-4B Skyhawks, aviones norteamericanos nacidos a mediados de 1950 para la Guerra de Corea pero que se estrenaron en Vietnam. En el conflicto sudatlántico, los A-4B solo usaron cañones y, sobre todo, bombas de 500 y 250 kg, tal como se emplearon en la Segunda Guerra Mundial. Aun cuando su equipamiento estaba ya superado por el desarrollo de la industria bélica internacional, los A-4B lograron hundir 5 de los 7 buques de distinto tipo, alcanzados por las fuerzas argentinas, y pusieron fuera de combate a 3 de los 5 atacados por la aviación nacional. Además, el Grupo 5 de Caza casi barrió al Estado Mayor británico en Monte Kent el 13 de junio, es decir, el anteúltimo día de aquella breve guerra.

Así que en 2008, Zelaya, quien fuera capitán en el Escuadrón II de A-4B en 1982, quería que yo escribiera sobre los “verdaderos halcones”, en parte porque sentía que el rótulo se había extendido en demasía a todo el personal de la Fuerza implicado en el conflicto: Mirage III, Dagger M-V, A-4C, los bombarderos pesados MK Canberra, los aviones de ataque IA Pucará, los aviones de transporte C-130 y de reabastecimiento KC-130 Hércules, los Fokkers y los helicópteros, entre otros. También quería comunicar que el coraje militar no surgía de una pasión suicida, tal como se sobreentendía cuando se identificaba a los pilotos argentinos con los *kamikaze* de las Misiones Especiales japonesas de la Segunda Guerra Mundial.

Levanté el guante y me interné en siete años de investigación, atravesando distintos aspectos de la experiencia armada de aquellos oficiales en el escenario sudatlántico (Guber, 2016). Obviamente debí enfrentar algunos problemas metodológicos. ¿Cómo podría yo trabajar con hechos ocurridos 30 años atrás? Si la antropología requiere que sus trabajadores de campo “estén allí” y hagan observación participante, ¿qué haría yo con una guerra en la que no había participado, salvo como ciudadana, televidente y lectora de los diarios en la (aparente) seguridad de un departamento de la Capital Federal? ¿Qué aprendería de mis interlocutores, la mayoría de los cuales ya se había retirado de la Fuerza y, para peor, sin los A-4B en servicio?

La respuesta estaba allí, en la misma formulación de Tony: “la experien-

cia humana de los verdaderos halcones en la guerra”. Él y sus camaradas entendían que los pilotos de A-4B diferían de otros pilotos de la FAA y del arma aeronaval de la Armada que voló los A-4Q y los Super-Éténdards equipados con misiles aire-mar Exocet. Tony entendía esa diferencia como “experiencia”. En este contexto, “experiencia” cobraba tres sentidos: conocimiento vivencial, conocimiento obtenido desde el des-conocimiento y conocimiento que mantenía su vigencia hasta la actualidad. Los sujetos de tal experiencia eran agentes humanos dotados de capacidades de aprendizaje por medio de las cuales se las arreglaban para confrontar a un enemigo poderoso, entrenado y tecnológicamente superior. Esta definición conllevaba una importante decisión: pelear un enemigo mejor equipado en un medio para ellos, los pilotos de la FAA, desconocido.

Esta fuerza fue creada como “Secretaría Aeronáutica” por el presidente Juan D. Perón en 1947 como la tercera Fuerza Armada de la República Argentina. Después del golpe de estado que lo depuso en setiembre de 1955, la FAA fue acotada a operar en el espacio aeroterrestre, y autorizada a tomar parte de operaciones navales como fuerza auxiliar de la Armada. Un decreto del Estado Mayor Conjunto de 1969 establecía que la FAA no desarrollaría medios propios para operar sobre el mar (Aranda, 2007). Por eso, al momento de estallar el conflicto armado con Gran Bretaña, la FAA solo estaba equipada con armamento destinado a operaciones sobre tierra, no al ataque de buques de Guerra, para lo cual tampoco estaba entrenada.

Los pilotos pasaron el mes de abril de 1982 estudiando siluetas de fragatas en la guía *Jane's*, una publicación popular de vehículos de todo tipo y para todo uso, y entrenando con un barco encallado en la costa patagónica, desde que se incendió a comienzos del siglo XX con su carga de carbón para la población de Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz. Mientras tanto, pilotos de la VI Brigada Aérea que volaba los Mirage-V Dagger tuvieron una breve práctica sobre una fragata tipo 42 de la Armada Argentina. En su despedida, la escuadrilla de aviones se aproximó al buque en vuelo rasante y levantó bien encima del barco como saludo final de la operación. Los radares del buque no detectaron su aproximación. Este dato se convirtió en un elemento crucial para futuras operaciones en el teatro de operaciones: volar rasantes en la aproximación al objetivo, y levantar vuelo encima de él para arrojar las bombas. Los radares de los barcos británicos no podían detectar a

sus atacantes sino cuando ya era demasiado tarde. Vale aclarar que “detectar” electrónicamente significa “enganchar” al atacante con el letal sistema misilístico Sea Dart y Sea Wolf, y dispararle un proyectil casi certero, como de hecho sucedió muchas veces durante el conflicto con las consiguientes bajas.

## Volar lo desconocido

El 1º de mayo, cuando estallaron las hostilidades y se produjeron las primeras bajas argentinas, incluyendo las de la FAA, los A-4Bs no entraron en combate. Su primera operación contra la Flota Real fue al mediodía del día 12 de ese mes. Dos escuadrillas<sup>7</sup> con indicativo (seudónimo de guerra) *Cuña* y *Oro* partieron de la base aérea de Río Gallegos, para atacar dos fragatas que bombardeaban Puerto Argentino, sede del gobierno isleño argentino y que Gran Bretaña pretendía retomar de inmediato. La literatura militar dice que cuatro *Cuñas* llegaron al área después de reaprovisionarse de combustible, y fueron atacados por la fragata tipo 42 HMS Glasgow y por la tipo 22 HMS Brilliant; tres de los cuatro aviones atacantes fueron derribados, con el 1er Teniente Bustos, y los Tenientes Ibarlucea y Nívoli a bordo de sus respectivos A-4. Mientras tanto, los cuatro *Oros* reabastecieron, llegaron al objetivo peinando las olas y saltando para atacar. Sus bombas rebotaban cerca de los buques y solo una atravesó la HMS Glasgow. En su camino dañó una sala de máquinas y el boquete de entrada y salida se encontraba en la línea de flotación, por lo que fue enviada a Gran Bretaña para su reparación.

La historia de “las bombas que no explotaban” se repitió hasta el hartazgo en la crítica de la postguerra. Según la opinión pública, las bombas no explotaban porque estaban obsoletas. La verdad es que las bombas Mk 17 de 500 kg (1000 libras) eran demasiado para blancos terrestres (duros) y, por lo tanto, pesadas para alojarse y explotar dentro de aquellas embarcaciones

---

<sup>7</sup> En tiempos de paz, en los sesenta, las brigadas argentinas tenían el Grupo Aéreo dividido en dos escuadrones de 4 escuadrillas integradas por 4 oficiales. Cada escuadrilla estaba compuesta por dos secciones (de dos integrantes) y era conducida por su líder o guía: el de escuadrilla era el número 1 y el de la sección, el número 3, cada cual con sus numerales. Esta formación fue alterada según los requerimientos prácticos de la guerra y las pérdidas crecientes. La FAA perdió 55 hombres de los cuales, no casualmente, 36 eran oficiales. La V Brigada a la que pertenecía Zelaya perdió 9.

livianas que se movían ágilmente por el mar. Sin embargo, otro obstáculo se puso de manifiesto en aquella misión.

Tras volar rasantes sobre el océano para evitar ser “vistos” por los radares enemigos, estos cazadores debían saltar sobre las fragatas y arrojar sus bombas. Al hacerlo se encontraron con que sus parabrisas ovales frontales estaban cubiertos por una capa blancuzca que les impedía la visión. Los pilotos debían inclinarse para ver la pista por los vidrios laterales, hechos de material plástico, y aterrizar exitosamente. Tras la llegada constataron que esa capa blancuzca era una costra de sal.

El 1er Ten. Bioquímico Ernesto Haggi fue asignado para encontrar la solución. Este Doctor en Bioquímica de la Universidad Nacional de Córdoba, y experto en la glándula hipófisis, se había alistado en la FAA para mantener a su familia. Aceptó incluso irse a un destino apartado y “tranquilo” como Río Gallegos, al sur de la Patagonia y encarar una vida muy diferente a la académica que hasta entonces había llevado en Córdoba. Pero 1982 mutó la tranquilidad del lejano Sur en un teatro bélico central para el país y el mundo. Ante la nueva “misión” Haggi procedió como sabía: hacer una breve investigación experimental en su pequeño laboratorio, recreando las condiciones de vuelo y ataque, con centrifugadora, jeringas, difusores y tubos de ensayo. Recogió agua de la ría Gallegos, la dispersó sobre pequeños vidrios para muestras y análisis de microscopio, reproduciendo los efectos del vuelo rasante y la bruma sobre el avión y la luneta oval. Luego echó oxígeno sobre los vidriecitos mojados, recreando el efecto del viento relativo cuando los aviones saltaban sobre los barcos. Haggi vio que se formaba una capa sucia de sal, por lo cual empezó a buscar un spray de silicona que usaba para impermeabilizar los tubos de vidrio donde guardaba muestras de sangre para hacer recuentos de plaquetas y que debían estar absolutamente secos. En la salida siguiente, los parabrisas de los A-4 fueron diseminados con ese aerosol y ninguno volvió blanco (Haggi, 2014; Guber, 2016).

La costra salina y el experimento de Haggi mostraron dos cosas: que los A-4Bs habían entrado en un medio desconocido que no era ni totalmente aéreo ni totalmente naval, y que con sus experiencias personales los A-4Bs habían descubierto la bruma y controlado uno de sus peligrosos efectos. Es interesante que, al menos según la memoria de los aeronáuticos, los pilotos

aeronavales de la Armada no contaban todavía con un antídoto para la sal sobre el parabrisas de los A-4Qs, aun cuando el medio oceánico les era por demás familiar. Parecía evidente que los A-4Qs, casi idénticos a los A-4B, no habían volado así de bajo antes de la guerra. En efecto, estando a punto de empezar su breve investigación, alguien le dijo a Haggi que no se esforzara porque los “*navies*” tampoco habían encontrado el antídoto.

La sal en el parabrisas y la investigación del científico cordobés tornado en aeronáutico también mostraban la determinación de la FAA de entrar en guerra en un medio ajeno que, hasta entonces, solo había pertenecido a otra institución armada. Los pilotos de la FAA exploraban un nuevo hábitat en toda su extensión y en sus tres dimensiones. El vuelo bajo los protegía de los radares y los misiles, pero este refugio los dejaba al borde del abismo. Tocar las olas significaba chocar contra el mar. Dado que los A-4s no llevaban radio-altímetros –que quizás ni hubieran usado para evitar ser localizados por los radares británicos–, los pilotos recordaron su alta dependencia del “ojímetro”, una expresión irónica para referir al órgano normal de la visión como si fuera un recurso de alta tecnología. Cuando le dije a quien en 1982 había sido Vice-Comodoro y adscripto al Escuadrón II, Manuel Mariel, que podía imaginar el riesgo de volar rasantes sobre las turbulentas olas del Atlántico Sur, me señaló que el problema no era el mar revuelto, porque a las olas se les veían las crestas; era el océano quieto el que se cubría de bruma, lo cual no permitía distinguir el cielo del mar. “El horizonte nos quedaba acá”, me dijo Mariel levantando la mano de canto sobre su frente, como sumergido más que volando sobre el mar.

El experimento de Haggi sirvió para proteger la visión (y la vida) de los pilotos. Sin embargo, la costra de sal denunciaba una transformación. Después de volar a través de la bruma, la aeronave debía emerger limpia para que el piloto pudiera ver, atacar, escapar, volver a la base y aterrizar. Pero esto solo ocurría con los parabrisas. El resto del avión llevaba la costra salina como un abrazo naval que amenazaba con devorarse un ser aéreo. Dos ambientes pertenecientes a dos jurisdicciones distintas se reunían por obra de la naturaleza... humana. Los pilotos de la FAA aprendían y ganaban experiencia en y sobre un medio que para ellos era de lo más exótico, y lo hacían volando rasantes sobre el mar y conectando dos medios segregados o fragmentados por doctrina y reglamentación castrense.



## Des-fragmentación

A diferencia de las divisiones propuestas desde la organización estatal, los antropólogos solemos encarar las dimensiones sociales (economía, religión, educación, salud, política, defensa, etc.) como entretreídas. Será por eso que los antropólogos somos seres “des-fragmentadores”. Siguiendo a Tim Ingold (2000), la des-fragmentación también puede extenderse al medio habitado por los seres humanos y seres no humanos (por ejemplo, los pájaros) y los objetos (aviones, buques, bombas).

Es interesante que en la jerga militar de la FAA se llame “Orden Fragmentaria” a una orden para ejecutar una misión. En el caso aeronáutico, durante la Guerra de Malvinas, la Orden Fragmentaria era una instrucción que provenía de los altos mandos y que informaba acerca del horario de partida y de llegada al objetivo, el tipo de operación (naval, terrestre, interceptación, exploración, etc.), el número de escuadrillas y de miembros, la localización exacta del objetivo y del Hércules reabastecedor, la ruta hacia el enemigo, y el tipo de armamento a utilizar. Los miembros de una misión no eran informados acerca de las anteriores o las subsiguientes; estaban “fragmentados” unos de otros. Solo el Estado Mayor de la Fuerza Aérea asentado en Comodoro Rivadavia, 750 km al norte de Río Gallegos, tenía el panorama general de la batalla. La noción de totalidad parecía ajena a los oficiales subalternos que operaban en el nivel táctico. Sin embargo, ellos debían recrear una cierta idea de totalidad dentro de los confines de sus propias misiones, para proceder eficazmente. Esta noción no se limitaba al itinerario lineal, también incluía los sentimientos y percepciones de un espacio aeronaval que les resultaba extraño y que estaban convirtiendo en propio, es decir, en un lugar.

El medio al que ingresaban tenía varias capas constituidas por distintas altitudes y eventualidades. Tras abandonar la base trepaban a 10.000 pies. Cerca de la Zona de Exclusión Total definida por Gran Bretaña en el mes de abril, reabastecían con el Hércules KC-130 que los estaba esperando (en el aire) y descendían en vuelo rasante (en adelante RAS, tal como lo dicen los pilotos), entre 3 y 10 metros sobre el nivel de las olas. A medida que se aproximaban al objetivo, al que podían confundir con un islote rocoso según la visibilidad, saltaban sobre las fragatas, lanzaban las bombas, escapaban RAS, volvían a reabastecer en caso de necesidad y regresaban a la base. Dos fases eran particularmente peligrosas aquí: el vuelo RAS, que como vimos

podía confundirlos y sumergirlos en el choque contra el mar, y el salto de ataque porque los exponía a los radares de los sistemas misilísticos y a la artillería anti-aérea de los buques. En efecto, acercarse al objetivo y atacarlo “poniendo la bomba con la mano” eran dos situaciones en que la mayoría de los pilotos perdieron la vida y sus máquinas.

La costra salina, entonces, ponía de manifiesto un medio de transición ni totalmente acuático ni totalmente aéreo, la bruma, que me sugirió otra perspectiva para concebir mi trabajo etnográfico.

### Des-fragmentando los métodos de trabajo de campo.

Bronislaw Malinowski, el antropólogo polaco-británico, fue el primero en explicitar las bases del trabajo y el texto etnográficos en *Argonauts of the Western Pacific* publicado en 1922. En su introducción explicaba que “la magia del etnógrafo” residía en el trabajo de campo intensivo y prolongado con los nativos, mediante la observación y la participación, el registro y el aprendizaje de la lengua. Esta introducción fue el primer texto metodológico en la materia y, por mucho tiempo, la única guía para los jóvenes antropólogos que partían al campo con poca o ninguna instrucción.

Por mi parte, en más de tres décadas enseñando método y escritura etnográfica, rara vez enseño la aplicación de una “técnica”. Más bien, creo dedicarme a discutir las condiciones que cada trabajo de campo genera para exponer y aprehender articulaciones interesantes y para la toma de decisiones de cara al conocimiento antropológico y el sustrato socio-cultural del etnógrafo. La noción de reflexividad es importante aquí porque ayuda a integrar estos aspectos supuestamente personales y comprender cómo se da el flujo de la investigación empírica a través de interacciones sociales. Las palabras, las imágenes, las situaciones significan cosas diferentes para el investigador y sus sujetos de estudio, sobre todo al comenzar la investigación, pero pueden volverse cada vez más mutuamente inteligibles en su decurso. En este proceso, el trabajo de campo no solo afecta la teoría social; también modifica los modos en que la gente a la que queremos conocer se define en nuestra presencia.

Fue precisamente lo que sucedió cuando Zelaya me hizo la invitación. Mi/nuestra investigación duró siete años, durante los cuales conversé con él y con muchos otros, la mayoría ex pilotos de caza. En ese lapso, Tony también me hizo sugerencias, aun cuando no sabía, porque no podía saber, en qué re-

sultaría todo eso. Tampoco yo. Sí sabíamos que yo era una civil argentina que había decidido levantar el guante de su desafío y acometido la investigación desde una nueva perspectiva, no solo alimentada por la teoría antropológica sino también por métodos basados en la experiencia de primera mano. Tan pronto como empecé a analizar las misiones de los A-4Bs y los procesos de desfragmentación que llevaban a cabo los pilotos en el combate aéreo y en el medio, me di cuenta de que los cursos habituales sobre métodos en ciencias sociales nos llevan a extraer (fragmentar) procedimientos que son acciones que surgen de nuestra vida diaria y de nuestras reflexiones corrientes, como hablar, escuchar, preguntar, observar y participar. Los métodos suelen enseñarse aislándolas, como si se tratara de artefactos sin pasado, ni cultura, ni situación. Sin embargo, “en los tiempos de Malinowski, los antropólogos trabajaban de otra manera: partían al campo sin instrucciones específicas salvo llevar muchos blocks de papel, lápices y zapatillas” (Wax, 1971). Tales sugerencias abandonaban al novato a su suerte y a la lógica del “nadas o te ahogas”, pero lo obligaban a re-socializarse en un nuevo ambiente, probablemente exótico. Siguiendo el viejo credo antropológico, si las personas se pueden adaptar a nuevos sistemas naturales y culturales, también pueden hacerlo los académicos jóvenes. Aún inadvertidos de cuanto les sucedería en el campo, los estudiantes de aquellos tiempos terminaron escribiendo muy buenas tesis sobre los grupos humanos más diversos. Sus etnografías eran soberbias interpretaciones que contenían una vasta gama de temáticas y datos reunidos en sus trabajos de campo, aun cuando no supieran en el momento para qué los registraban, ni mucho menos adónde irían a parar en sus escritos finales. Nuestros primeros antropólogos dejaron un legado gigantesco sobre las vidas de otros pueblos, pero también sobre cómo conectar aspectos que otros campos académicos solían separar o fragmentar (por ejemplo, economía, política, religión, etc.). Los antropólogos hemos desarrollado una gran capacidad para reconstruir las articulaciones sociales y des-fragmentar la comprensión de las vidas de los pueblos y, al hacerlo, también des-fragmentamos los procedimientos metodológicos como técnicas de trabajo de campo y las convertimos en expresiones de la vida diaria, la nuestra y la de los Otros en sus propios medios. Así, fue solo buscando los modos de conversar sobre lo ocurrido en 1982 que pude entender cómo contaban las individualidades, los conceptos y a quién le correspondía hablar sobre Malvinas.

## Conceptos y métodos de experiencia cercana para leer y hacer etnografía

Estaba promediando un curso sobre lectura y método etnográfico en la Maestría de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba. Los estudiantes debían hacer reseñas sobre etnografías que analizábamos conjuntamente. Pero algo no funcionaba: en sus informes optaban por relatar las escenas de campo con lujo de detalles, perdiendo de vista el nivel de la conceptualización teórica y el eje teórico del argumento, o bien optaban por generalizar teóricamente perdiendo de vista a la gente. De pronto, y como en un arranque al finalizar una clase, los miré a todos y les dije: “¡Miren! Ustedes tienen que hacer como hacían los pilotos en Malvinas: tienen que volar rasantes” y dibujé las distintas alturas de vuelo en la pizarra explicando el porqué de cada una. También expliqué lo de la costra de sal como evidencia de cuán bajo volaban.

Terminada la clase me quedé pensando en lo que les había dicho, y se me ocurrió que el trabajo del etnógrafo se parecía al de los A-4s en la guerra. Los antropólogos partimos de las universidades cultural y socialmente cerca de nuestros hogares y cultura. Partimos a nuestras misiones investigativas con alguna lectura general sobre las experiencias de otros, pero debemos reabastecernos alto en el cielo con teoría proveniente de libros y artículos sobre algo que tenga que ver con nuestros temas. Luego bajamos al campo. No somos parte de él y le tememos a lo exótico y a su fatal atracción. Podemos peinar las olas de las ceremonias y la vida cotidiana, e incluso nos las arreglamos para sentirnos “en casa”, pero no debemos ignorar dos riesgos: ser expulsados o identificarnos con el Otro. Ambos riesgos pueden desviarnos del objetivo, la tesis. Luego, cuando empezamos a ver el objetivo/blanco, el buque-Otro, entramos en otra fase peligrosa: lanzar una idea, una respuesta a la pregunta inicial, o su reformulación. Así, para producir una tesis que nos aprueben jurados y colegas, necesitamos dejar el campo y establecernos en un escenario analítico no sé si más seguro, pero sí lejos de los buques y el mar.

Esta analogía aeronáutica puede parecer inapropiada y hasta políticamente incorrecta, ya que los etnógrafos no representamos nuestra labor en términos militares (aunque algunos términos metodológicos provienen sin duda del vocabulario castrense: “campo”, “arena”, “conseguir informantes”, “estrategia de investigación”, etc.). Aquí me gustaría destacar dos similitudes

que involucran las nociones de totalidad y de des-fragmentación vividas a través de aquellos pilotos de caza y de mí como antropóloga. Primero, ambos encaramos una misión en su totalidad, lo cual requiere distintas relaciones de proximidad y distancia con nuestros objetos-sujetos-blancos. A diferencia de muchos sociólogos y de los comandantes de la fuerza, en nuestra investigación es el mismo agente, el piloto y el etnógrafo, quien abandona el ámbito familiar, decide ir hacia e internarse en un nuevo medio, y regresar para dar la información, analizar los datos y escribir el texto etnográfico. El mismo agente busca una comprensión involucrada, más que una relación externa presentada como objetiva. Esto significa que, como esos pilotos, los etnógrafos dejan el claro espacio por encima de las nubes, bajan a través de las capas nubosas y se acercan al mar, pero no se sumergen en él.

Segundo, igual que los etnógrafos, los pilotos de caza experimentan la superficie oceánica tan cerca como pueden, volando rasantes o peinando las olas; al hacerlo sus aeronaves parecen ser devoradas por el medio naval. Pese a que el 1er Teniente Haggi encontró el antídoto para la costra salina, todo el avión mostraba diversos impactos del medio oceánico: pájaros, proyectiles, sal y materia aeromarítima. Toda la experiencia de la misión afectó, y de este modo modificó, la naturaleza del avión y de su piloto, o más exactamente, la naturaleza de esa doble entidad que es el piloto-avión.

Como ya muchos antropólogos han comenzado a aceptar, una clave de la creatividad intelectual y de la precisión metodológica reside en comprender cómo los académicos somos afectados por nuestras misiones etnográficas (Favret-Saada, 1990). Otros científicos sociales ven esto como un sesgo subjetivo, pero la etnografía nos cambia y ya no volveremos a ser como antes de partir. Somos también entidades dobles: vamos al campo con la creencia de que solo llevamos nuestra carga intelectual, nuestra mente profesional; también llevamos nuestras cargas civiles, personales e históricas. Es desde este ser humano-profesional que conducimos nuestras rutinas con los Otros, igual que el miedo, la alegría, la excitación, la determinación, la fe y el terror junto al entrenamiento profesional en las misiones de los pilotos al Atlántico Sur. Esto es de lo que está hecha la experiencia. Esta es la razón por la cual Tony Zelaya me pidió recuperar la dimensión humana de su experiencia militar como piloto de caza. Quería decir una forma de aprender mientras actuaba (observación, participación), una forma de saber y de acercarse a

lo desconocido a través de la restitución de un tipo alternativo de totalidad, un tipo de vuelo logrado a través de la des-fragmentación. En vez, mis estudiantes empezaron a aprender trabajo de campo y escritura etnográficos a través de una metáfora aeronáutica que evoca la angustia, el alerta y la gloria de conocer otra gente, el desafío movilizador que levantan los antropólogos cuando deciden cruzar el Rubicón de la misión etnográfica. Caminos abiertos a interpretaciones múltiples y articulaciones inesperadas.

Habían pasado varios meses y Ernesto, uno de mis estudiantes de Córdoba, no terminaba de entregar su reseña final. Con esto pendiente yo no podía cerrar mis calificaciones del curso, de manera que le escribí demandándole el trabajo. Al rato recibí la siguiente respuesta: “Disculpe profesora, pero no he podido entregar. Es que desde que me separé hace un año ando con la luneta tapada”

## Bibliografía

- Altorki, S. and Fawzi El-Solh, C. (eds.) (1988). *Arab women in the field: studying your own society*. Syracuse: Syracuse University Press.
- Aranda Durañona, O. L. (2007). *Y la guerra contaminó los cielos. Evolución del pensamiento doctrinario aeronáutico*. Buenos Aires: Dirección de Estudios Históricos FAA, Biblioteca Nacional de Aeronáutica.
- Balbi, F. A. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en Antropología*, 13(2), 485-499.
- Behar, R. & Gordon, D. (1995). *Women Writing Culture*. Berkeley: University of California Press.
- Berreman, G. D. (1962). Behind Many Masks. *Society for Applied Anthropology*, 4.
- Briggs, C L. (1986). *Learning how to Ask*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carballo, P. M. (1983). *Dios y los halcones*. Buenos Aires: Ediciones Halconcielo.
- DEHFAA - Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina (2005). *Historia de la Fuerza Aérea Argentina. La aviación de caza 1912-1982*. Tomo IV. Buenos Aires: Fuerza Aérea Argentina.
- Favret-Saada, J. (1990). About participation. *Culture, Medicine and Psychiatry*, 14, 189-199.

- Geertz, C (1983). *Local knowledge*. New York: Basic Books.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Guber, R (2008). Bautismo de fuego y gracia de Dios. Las bellas memorias aeronáuticas de la guerra de Malvinas. *Tabula Rasa*, 6, 221-262.
- Guber, R (2013). Espejos Hiperrealistas. Los testimonios al óleo del historiador Exequiel Martínez. *Iluminuras*, 4(34), 324-354. Recuperado de <http://seer.ufrgs.br/index.php/iluminuras/article/view/44403/28079>.
- Guber, R (2d.) (2014). *Prácticas etnográficas*. Buenos Aires: IDES-Miño y Dávila editores.
- Guber, R. (2016). *Experiencia de halcón*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Haggi, E. (2014). Aporte para solucionar el inconveniente del depósito de salitre marino en el parabrisas de los aviones de combate. *Actas del III Congreso Internacional de Historia Aeronáutica*. Buenos Aires: DEHFAA.
- Hastrup, K. & Hervik, P. (Eds.) (1994). *Social Experience and Anthropological Knowledge*. London: Routledge.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Jackson, A. (ed.) (1987). *Anthropology at Home*. London: Tavistock Publications.
- Kulick, D. & Willson, M. (1995). *Taboo. Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. London: Routledge.
- Lutz, C. A. & Abu-Lughod, L. (eds.) (1990). *Language and the politics of Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Malinowski, B. (1987 [1922]). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Martínez, E. (2012). *La aviación de Malvinas en la pintura de Exequiel Martínez*. Buenos Aires: Editorial de Arte Manrique Zago.
- Nordstrom, C. & Robben, A. C. G. M. (1995). *Fieldwork under Fire. contemporary studies of violence and survival*. Berkeley: University of California Press.
- Peacock, J. L. (1986). *The Anthropological Lens. Harsh Light, Soft Focus*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rivas, S. (2012). *Wings of the Malvinas. The Argentine Air War over the Falklands*. Manchester: Hikoki Publications.

- Robben, A. C. G. M. (2007). Ethnographic Seduction, Transference, and Resistance in Dialogues about Terror and Violence in Argentina. En A. C. G. M. Robben & J. A. Sluka (Eds.), *Ethnographic Fieldwork, an Anthropological Reader* (pp. 159-176). New York: Blackwell Publishing.
- Van Maanen, J. (1988). *Tales of the Field. On Writing Ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Van Maanen, J. (Ed.) (1995). *Representation in Ethnography*. Three Oakes: Sage.
- Wax, R. (1971). *Doing Fieldwork. Warnings and Advice*. Chicago: The University of Chicago Press.



## Acerca de las/os autoras/es

### Nicolás Aliano

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata, Magister en Sociología de la Cultura por la Universidad Nacional de San Martín y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Becario posdoctoral del CONICET con lugar de trabajo en el IDAES - UNSAM. Ayudante diplomado de Antropología Cultural y Social, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### María Eugenia Ambort

Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS, UNLP- CONICET. Candidata a Magister en Estudios Sociales Agrarios por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina.

### Soledad Balerdi

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Ayudante diplomada de Epistemología y Metodología de las Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Denis Baranger

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Magister en Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Director

del Programa de Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones (PPAS-UNaM).

### María Paz Bidauri

Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Especialista Docente en Políticas y Programas Socio-educativos (Instituto Nacional de Formación Docente-Ministerio de Educación de la Nación). Becaria doctoral en Temas Estratégicos del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Ornela Boix

Licenciada en Sociología, Magister en Ciencias Sociales y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria postdoctoral de CONICET con lugar de trabajo en CIMECS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Ayudante diplomada en Metodología de la Investigación Social II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Michael Burawoy

Bachelor of Arts en Matemática por la Universidad de Cambridge, Magister en Sociología por la Universidad de Zambia y Doctor en Sociología por la Universidad de Chicago. Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley. Ex presidente de la *American Sociological Association* (ASA) y de la *International Sociological Association* (ISA).

### Paula Cuestas

Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral de CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS –IdIHCS. UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Auxiliar diplomada en Didáctica especial y prácticas de la enseñanza en Sociología y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Juliana Frassa

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Magister en Ciencias Sociales del Trabajo por la Universidad de Buenos Aires y

doctoranda en Ciencias Sociales por la misma universidad. Profesora Adjunta Regular del Instituto de Ciencias Sociales y Administración de la Universidad Nacional Arturo Jauretche y Ayudante diplomada ordinaria de Sociología de las Organizaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### **Bárbara Guevara**

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### **Rosana Guber**

Licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires. Magister en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina y Doctora en Antropología Social por Johns Hopkins University. Investigadora del CONICET en el CIS-IDES/CONICET y directora de la Maestría en Antropología Social, IDES-IDAES/Universidad Nacional de San Martín. Docente en el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones.

### **Julia Hang**

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral de CONICET con lugar de trabajo en el CISH-IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### **Nicolás Herrera**

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata y Magister en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural por el IDAES-Universidad Nacional de San Martín. Doctorando en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. Ayudante diplomado ordinario de Sociología General, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### **Rodolfo Iuliano**

Licenciado en Sociología y Magister en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Candidato a Doctor en Antropología Social por

el Instituto de Altos Estudios Sociales/Universidad Nacional de San Martín. Docente-investigador categoría III y Jefe de Trabajos Prácticos de Metodología de la Investigación Social II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Magdalena Lemus

Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Profesora de Perspectiva Socio-Política en el Instituto de Formación Docente 17, La Plata.

### Leticia Muñiz Terra

Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Magister en Ciencias Sociales del Trabajo y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Adjunta de CONICET con lugar de trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP-CONICET y Profesora Adjunta Regular de Metodología de la Investigación social II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Juan Ignacio Piovani

Magister en Métodos avanzados de investigación social y Estadística por City, Universidad de Londres y Doctor en Metodología de las Ciencias Sociales por la Universidad de Roma. Investigador Principal del CONICET con lugar del trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP-CONICET y Profesor titular de Metodología de la Investigación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Ana Pilar Pi Puig

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP- CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### María Eugenia Rausky

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Ma-

gister en Metodología de la investigación social por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad de Bolonia. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET. Profesora Adjunta de Teoría Social Contemporánea “A”, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### María Eugenia Roberti

Licenciada en Sociología y Magíster en Ciencias Sociales por Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIS-IDES. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Ayudante Diplomada Regular de Sociología General, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Javier Santos

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Magíster en Metodología de la investigación social por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad de Bolonia. Doctorando en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Docente de Herramientas informáticas para el análisis de datos cualitativos en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Martín Urtasun

Licenciado y Profesor en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becario doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctorando en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

### Nicolás Welschinger

Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Becario postdoctoral de CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET. Ayudante diplomado en Sociología General, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

ISBN 978-987-722-323-1



Este libro presenta una revisión crítica de la reflexividad metodológica en las ciencias sociales, tanto en el plano teórico como en el empírico. Mientras que la exploración teórica se centra en la noción de reflexividad y sus usos en la metodología, la sociología y la antropología, en el plano empírico se propone un análisis de su importancia en tres aproximaciones de investigación específicas: la perspectiva biográfica, la etnografía y los métodos mixtos. Para ello, se considera el lugar de la reflexividad en relación con distintos aspectos del proceso de investigación social empírica, desde la construcción del objeto a la escritura, pasando por el trabajo de campo y el análisis de los datos, entre otros.

Partiendo de la presunción de que no existe una única manera de concebir y abordar la reflexividad metodológica, el libro interpela a las ciencias sociales e invita a preguntarse si en el marco de estas disciplinas los procesos de investigación empírica están inevitablemente condenados a la reflexividad.



**CLACSO**

**Editorial Biblos**